

EL AMIGO DEL OBRERO

REDACTORES:
Dr. Luis Pedro Lengua Dr. Miguel Perea
Secretario de Redacción Juan N. Quagliotti
Redacción: Daymán 120

CORRESPONSALES:
En Roma—Monseñor G. Vannucchi
En París—François Veilliot
En Viena—Max Tarnowski
En Madrid—Narciso Ayar
En Jilón—Felipe Meda

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay
APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

ADMINISTRACIÓN: Daymán 120—Administrador: FERNANDO O. PLÁ
Teléfono: La Cooperativa núm. 530
Suscripción en la Capital (por mes) \$ 0.20 | En campaña (semente adelantado) \$ 1.20
No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

Indicador cristiano

Miércoles 4—Stos. Melcio ob., Clemente de Alejandría; Sta. Bárbara.
Jueves 5—Stos. Anselmo, mr., Niceto y Juan, obs., Sabas, abad.
Viernes 6—Stos. Emiliano, Bonifacio, m., Nicolás de Bari.—Ayuno.
Sábado 7—Stos. Ambrosio, o. y dr., Urbano, o. y Martin.—Ayuno.

El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO 4 DE DICIEMBRE DE 1907

Toques de llamada

Las últimas elecciones generales del país, que ante los ojos del observador imparcial, han tenido las proporciones de un verdadero desastre electoral; puesto que de más de cuarenta mil inscriptos, no concurrió a las urnas más que una minoría insignificante de votantes, en cuya masa formaban núcleo primordial los elementos de las oficinas del Estado y números de nuestros cuarteles obedientes a la voz de la consigna, dan la medida de los pocos entusiasmos del pueblo, hacia un acto, que debiera ser en las sociedades modernas la manifestación más evidente de las energías ciudadanas.

Ya lo hemos dicho: la presente ley electoral, que no permite en la República la formación de otras minorías, fuera de esos partidos atávicos que ya van por suerte perdiendo terreno en el corazón de las masas populares, pesa como una verdadera lámpara sobre el espíritu del pueblo, aviendo de nuevos horizontes y hambriento de nuevas luchas de principios y de tendencias bien definidas.

Debido a ese espíritu de desengano, con que el pueblo se ve obligado a mirar como una verdadera irrisión ese acto de los comicios, el más trascendental de la vida republicana, es, que hemos visto escalar, y hoy más que nunca, a los bancos de nuestra legislatura, a una juventud que está muy lejos de verse unificada con el verdadero sufragio popular.

Y esas viejas prácticas de una estrechez inculcable en nuestros días deben desaparecer; esos viejos moldes, que resultan ya una vergüenza de nuestra vida democrática, deben romperse de una vez por todas, para que las nuevas orientaciones levanten el abatido espíritu popular, para que todas las agrupaciones de importancia, que son factores de valer en medio de las actividades democráticas, encuentren un balcón abierto a sus crecientes energías.

Y esas nuevas orientaciones han de venir; esos anhelos del país han de tener por fin una auspiciosa realidad, más o menos remota, pero precisa e indubitable.

El pueblo las masas proletarias sobre todo, que no ven en las legislaturas de estos tiempos más que una urdimbre de chismes de vecindad y de luchas de política barata, sin que haya podido ver a los padres de la patria, dar un solo paso para afrontar los modernos problemas sociales, suspiran, y con razón, por ver en los escaños del parlamento, a hombres que miren con ojo sereno al porvenir, sin ocuparse ya de seguir ahondando la zanja de los viejos odios.

Y para cuando lleguen esos días suspirados, para que su vida no nos sorprenda con el sueño en los ojos y sin energías en el corazón, es menester que los católicos, que hemos visto con funesta apatía, caer una por una todas nuestras posiciones en manos del enemigo que ha hecho a despaño de la Constitución; escarnio de nuestras creencias, y tabla rasa de nuestros derechos, despertemos de nuestro letargo y estudiemos una organización seria y práctica, que nos pueda llevar en un momento dado, a hacer valer nuestra voluntad en las urnas electorales y a hacer sentir nuestro peso en el acto de los comicios.

Esos reclaman ya los entusiasmos de la brisa juventud de

nuestro credo; esa organización piden imperiosamente todos los hombres de sano corazón para volver al ya, más que olvidado, repudiado camino de las urnas; esa organización exige nuestra valiente Democracia Cristiana, que se ha visto ya saludada a los gritos de—viva el partido popular—

Por el distinto ambiente de todas las colectividades católicas, se va haciendo carne esa idea salvadora que ha resonado como un toque de llamada energético y alentador.

Los soldados se van disponiendo como los cruzados frente a Jerusalén, para el gran día del asalto; pero no podemos ser tan fallos de acuerdo, ni tan impacientes, que nos propogamos a entrar en tan peligrosa lid, sin estar previamente afianzados sobre los cimientos de una organización sabia y vigorosa.

Después de los toques de llamada, antes de entrar en acción, esa fuerza organizadora es la que reclaman las necesidades de la hora presente.

Un poco de buena voluntad y de sacrificio, y Dios dirá lo demás.

El chalet

Según lo hemos venido anunciando, pasado mañana tendrá lugar el sorteo del chalet entre los suscriptores a los bonos de donación en favor del Círculo Católico de Obreros de Montevideo.

El sorteo se hace en combinación con la lotería de la ciudad que se juega ese mismo día, pero, dentro de los ocho primeros millares, es decir que si el premio mayor de la lotería es de \$ 100,000, arriba se considera no sorteo lo el chalet aplazándose el acto para la lotería inmediata siguiente en que el premio mayor es de \$ 1000 al 7999.

Los que aún no tengan bonos apúrense a solicitarlos, para lo cual solo les resta ya el día de mañana, pues el viernes no se expedirán. La Comisión se reunirá mañana jueves a las 8 y 1/2 de la noche para recibir el registro de los bonos vendidos, previas todas las formalidades del caso.

Las personas que tengan en su poder bonos para colocar, deben devolverlos a la secretaría mañana mismo, de lo contrario serán considerados deudores del correspondiente importe.

Círculos C. de Obreros

Círculo de Montevideo

BONOS DE DONACIÓN EN FAVOR DEL CÍRCULO SOCIAL

Lista núm. 32

Juana D. de Caripari 1, Vicente Caripari 1, Enrique Villanar 1, Balbino Villanar 1, Francisca Zabellia 4, Francisca Z. de Barandini 5, Ricardo Noriega 1, Herminigilda B. de Pérez 1, Agustín Venturini 1, N. Cámpora 1, Luis Behrman 2, Juan E. Pozza 1, Arturo E. Mosquera 1, José Mosquera 1, María M. Mosquera 1, José Lloas 10, Teresa Demicheli 2, Emilia Olivera 25, Luis Bago 2, R.V. de D. 2, Demetrio Fontana 1, Juan Docampo 1, Josefina P. Docampo 1, Enrique Rayno 2, Angela P. de Forzano 1, Fernando S. Rosa 3, Ramón E. Pérez 1, Fernando S. Rosa 2, Miguel Zogatti 1, Juan Mulina 1, S. Donato 1, María G. Rebella 1, Juan J. Rebella 1, Angel A. Rebella 1, Manuel Santos Baicera 2, S. Anillo 1.

Total: 85 bonos—\$ 3400.

La Caja Obrera

Aviso importante

Desde el 1.º de Diciembre, esta importante Institución ha cambiado su horario actual: en vez de funcionar de 11 a. m. a 4 p. m. como hasta el presente, desde el día mencionado funcionará de 10 a. m. a 3 p. m.

Puentes de la incredulidad

(CONCLUSIÓN)

Cuán cierto sea el que las pasiones del corazón influyen en el rumbo que toma el espíritu respecto a la religión, se desprende también del hecho generalísimo reconocido que es, por regeneral, en la juventud cuando más se alistan a las banderas del ateísmo, en la juventud, decimos, que es un período de efervescencia, espiri-

tual y moral, y el tiempo en que más pueden las pasiones.

Muchos vuelven en edad más rosegada a sus antiguas creencias.

Platón, refiriéndose a su época, afirma que ninguno de cuantos en su juventud se ilusionaron con la idea de que no existe Dios, guardaron esta creencia hasta la vejez. Se ve que hemos ido progresando en nuestros días, llevando la ventaja aún, en punto a incredulidad, al mismo paganismo, el dicho del insigno filósofo griego, no se puede aplicar, en aquella edad misma, a nuestra época; y es que en muchos, hoy día aún en la vejez, puede más el orgullo y la ambición que la razón.

Sin embargo, no faltan ejemplos de lo contrario, ejemplos que confirmen el dicho Platónico aun en nuestros días.

No pocos campeones de la incredulidad, dice el ya citado padre Schmitz, han dejado la máscara antes de morir, han declarado que nunca habían estado convencidos de la verdad de sus anteriores aserciones. Lucrecio el primer cantor del ateísmo, perdió el juicio a consecuencia de terror que los dioses le inspiraban; Voltaire, D'Alembert y Diderot, en el lecho de la muerte, llamaron a un sacerdote con gritos de desesperación. El sabio autor de quien son estas palabras, cita todavía otros ejemplos de incredulidad que, estando en el lecho de muerte, se convirtieron, como el de Bayle, Montesquieu, Laharpe, Montaigne, Buffon y otros, y dice que es por la frecuencia de estos casos, que los ateos de nuestros días han creído necesario fundar la asociación de los «solitarios» cuyos miembros se comprometen a presentarse a la hora de la muerte el horrible servicio de impedir a todo trance, aun que sea apelando a la violencia, el que se acerque un sacerdote.

En la hora de la muerte, se desvanecen las pasiones, y se revela al hombre toda la seriedad de su existencia. De ahí que muchos, de aquel trance volvieron a aceptar el acuerdo y a las antiguas creencias que, en otros tiempos, habían rechazado con orgullo y obstinación.

Creemos necesario hacer aquí una observación. Muchos más se hubieran convertido, sea durante la vida, sea en la hora decisiva de la muerte, si ellos mismos no se hubiesen negado voluntariamente por orgullo y obstinación, a la gracia de Dios que es de todo punto necesaria para la conversión. La ley de inercia, vigente en la naturaleza, vale también, en cierto modo, en el reino de los espíritus, si no como fuerza ciega como allí, a lo menos por la preponderante influencia de las inclinaciones, buenas o malas, las cuales, fijan una vez el ser moral del hombre influyen poderosamente en las libres determinaciones de su voluntad, y según el caso, favorecen u obstaculizan la operación de la gracia divina.

Aun entonces, las pasiones depravadas del corazón son, sino la fuente, lo menos las que apoyan y sostienen la incredulidad.

Concluimos este humilde trabajo con las preciosas palabras de Balme que son como la síntesis de cuanto venimos diciendo: «Acuérdome que al seguir mi curso de teología, se explicaba en la cátedra aquella doctrina de que la fe es un don de Dios, y que no bastan para ella, ni los milagros, ni las profecías, ni otras pruebas que demuestran claramente la verdad de nuestra religión, sino que además de los motivos de credibilidad se necesita la gracia del cielo... confieso ingenuamente que nunca entendí bien semejante doctrina, para comprenderla, me fué necesario dejar aquellas manifestaciones donde no se respiraba sino fe, y hallarme en situaciones muy variadas y en contacto con toda clase de hombres. Entonces comencé perfectamente, sentí con mucha viveza cuán grande es el beneficio que dispensa Dios a los verdaderos fieles, y cuán dignos de lástima son aquellos que en apoyo de su fe solo reclaman el auxilio de los motivos de credibilidad, solo invocan la ciencia y se olvidan de la gracia. Repetidas veces me ha sucedido lo contrario: contrariar con hombres, que a mi parecer, veían como yo las razones que militan en favor de nuestra religión; y sin embargo yo creía, y ellos no; ¿de dónde esto me preguntaba a mí mismo; y no sabía darme otra razón, sino exclamar: Es una misericordia del Señor que nosotros no hayamos sido consumidos (como ellos)».

VERAX.

Desde que llegué no se han dado punto de reposo, entreteniéndome de aquí para allá con un sin fin de amables divertimientos, los que o jamás cabré como agradecerles, y a esto se debe que haya sido tan largo el paréntesis entre mi primera y esta segunda «carta» que de mil amores te dirijo.

El último domingo, por fin, pude desahogarme un instante de estos buenos efectos, y serían como las del alba de una mañana fresca, cuando monté sobre un caballo castaño y salí al trote por el camino de San José en busca de la capilla de Buxareo para orar misa.

Veinte minutos después atravesé el arroyo de Las Piedras, con el agua hasta las caderas, y diez minutos más tarde hallé frente a la portada de la capilla «Santa María», en cuya entrada se podían contar 12 ó 15 vehículos, entre coches y jardinerías, y hasta 30 caballos con sillas, amarrados a la sombra; conductores aquellos y estos a unos 150 campesinos de ambos sexos que llegaban a la hora de la misa.

Esta entrada de la capilla es muy amena. De aquí arranca una hermosa arboleda de eucaliptos, de que ahora te hablaré. A la derecha, entrando, y como a una cuarta de la portada, viene a estar situada la capilla, casi escondida entre las hojas de los árboles.

Hasta que no se llega cerca, no se la ve.

Es una capilla blanca, risueña, loca de alegría, con su pila, con sus bancos, con su altar, con sus velas y con sus flores...

Y la Virgen... ¡qué bonita es la Virgen!

Fué lo que más me gustó.

La miré de pronto, al entrar, y quiso parecerme una paloma enamorada de su propia existencia, arrullando a su alma, a su vida, respirando los aires del campo, las brisas del monte, el perfume suave y primoroso de un pabudo de rosas pálidas que se hallaban regadas a sus plantas.

Las mujeres bajaban de los vehículos y desdoblaban los tulos o los pañuelos para cubrir sus cabezas. Los hombres se apañaban de sus cabalgaduras y examinaban el sombrero en la mano izquierda, mientras con la derecha se iban alisando el peinado para darse más tono. Al llegar a la puerta de la Iglesia, algunos se quitaban los labios el cigarrillo dominicano y lo escondían cuidadosamente entre los dedos de una uña para no perderlo al salir.

Luego entraban en silencio, sin hablar ni reírse.

Todos los años, durante el mes de Noviembre, efectúan en esta capilla las misiones subvencionalistas por los dueños de esta capilla.

El 8 de Diciembre se terminarán, con una fiesta solemnemente municipal y al final asado con cuero.

Nada te digo de la buena impresión que todo esto va a dejar en el espíritu de esta gente pobre y humilde, que al fin y al cabo se va poniendo a reconocer quien la ama y de qué lado le vienen los verdaderos favores.

El interés popular pocas veces se equivoca. Es inútil que te empeñes en hacerle adorar falsas prestas. No te lo admita. Quiero los suyos. Los que a la hora sobre un altar levantado por sus propios afectos y caridos.

Por eso estas buenas gentes van a las misiones y se sienten atraídas por aquellas cosas tan grandes y tan puras que les dice el Padre; por aquellas historias profundas de epopeyas sublimes entre narraciones vulgares, para ellas tan nuevas, tan extrañas, tan ignorantes, que sin embargo, tienen tantos puntos de contacto y de aplicación con sus recuerdos remotos, casi perdidos, con sus sentimientos más íntimos, con sus luchas en la vida, con sus penas, con sus remordimientos, con los latidos de sus corazones y con las esperanzas más vivas de sus almas.

Dejando la capilla a la derecha, continúa la arboleda de los eucaliptos.

Es una hermosa pradera de 45 cuerdas de largo, mucha, fresca, estéril, con cuatro hileras de eucaliptos, que forman tres perfectas avenidas.

Cada una tiene su nombre. La del centro, Oribe; la de la derecha, Ayers; la de la izquierda, Buxareo.

No sabes, querido Machuca, las veces que me acordé de ti durante mi paseo por esta arboleda de 5000 eucaliptos. Sé que eres aficionado a las cosas que ensanchan el corazón y te hubiera querido tener cerca. Habrías escuchado una sinfonía de trinos de pájaros de lo más peregrino y risueño que puedas imaginar. Yo miraba hacia arriba de un lado para otro buscando a aquellos músicos enamorados y no los encontraba por ninguna parte... Troncos, ramas, hojas, reflejos de sol, pe-

daños de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

Formaban varios cuerpos de edificio, separados los unos de los otros.

A la derecha hay caballerizas, cocheras, cuartos de herramientas y dormitorios de peones; a la izquierda, la parte más bonita del jardín, dentro del cual se halla la morada de los dueños, pintada de blanco y cubierta en partes de enrejaderas. Por el centro para una calle y a lo largo de ella se extienden dos hileras de plátanos.

De uno a otro de estos árboles desfilan enlazándose los primeros de una linda

doce de cielo... Pero escuchaba, y aquello era una ola que iba y que venía, un effluvio de notas sonoras y estridentes, un volcán que lanzaba canciones al firmamento y que luego se esparcían por los aires perdiéndose a los lejos, por los montes, por los mares, por las nubes... ¡quien sabe por dónde!

A paso lento y reposado llegué al término de la avenida.

Allí comienza el jardín que da entrada a la casa.

